

PRESENTACION

El siguiente trabajo que el C. C. pone a disposición del 39° Congreso, es una reflexión acerca de la práctica política del P. en los últimos lustros, producto por tanto de discusiones que dicha práctica nos obliga a realizar, a partir de nuestra experiencia.

En el mismo se pretende interpretar procesos profundos que han atravesado a nuestro Partido y que han condicionado su accionar. Por lo expuesto, no se desarrolla un relato histórico acerca de nuestra peripecia colectiva. Como hemos dicho se pretende reflexionar, lo que según R. Rossanda no es un problema de historia, sino un problema político.

El C. C. pretende que todos los miembros del P. reivindicquen y se reconozcan en el conjunto de la historia del socialismo en el Uruguay, que nada de ella les sea ajena. Ni sus grandes aciertos históricos, ni sus errores o deformaciones. Pero advierte a su militancia que este P. no ha tenido nunca ni se ha propuesto ahora, construir su "historia oficial".

Ello no obsta, sin embargo, a que en un momento determinado constituya una obligación el expresarse sobre ciertos aspectos del propio pasado. No para negarlos, sino para superarlos. En ese sentido debe ser considerado este material.

REFLEXIONES SOBRE 11 AÑOS DE LUCHA ANTIDICTATORIAL

"El modo a través del cual un partido reflexiona sobre su propio pasado, nunca es un problema de historia sino un problema de política: una confesión acerca de lo que se es o se desea ser en el presente".

Rosana Rossanda

I - LA CRISIS DE LOS "60"

La visión retrospectiva de la historia del Partido, de nuestro Partido, no puede ser nunca una visión neutra o ascéptica (por más que ella tenga que ser objeto de estudios historiográficos rigurosamente científicos), en el caso de los nuevos militantes del PS (hoy por hoy la gran mayoría luego del crecimiento de los últimos años) esa visión ha de ser necesariamente el resultado de una perspectiva (y una situación) distinta de la que pueden poseer muchos veteranos forjadores de este Partido de hoy. Para nosotros la historia del PS -desde fines de los 50 a comienzos de los 70- es una historia de transición. Transición del viejo partido europeizado, picana, fuertemente acaudillado por Frugoni, a un partido que sin renunciar a su acción reformadora se plantea la conquista del gobierno y del poder desde una perspectiva revolucionaria.

Esa transición fue resuelta con la asunción del segundo modelo por sobre el primero. Este proceso tuvo, se sabe, sus costos, el principal de los cuales fue la crisis de identidad (cuyas últimas secuelas se registraron con las escisiones procomunistas -frustradamente liquidacionistas-), que sacudió a la organización desde la década de los 60.

El drama -aunque visto desde lejos quizás la suerte- de los socialistas es que nuestra transición no fue -no pudo haber sido- un proceso aislado, un proceso de laboratorio o de gabinete de teóricos académicos; fue una transición inscripta en el corazón de un proceso histórico y una época profundamente cambiante, cuyo comienzo se sitúa en el ingreso de los guerrilleros fidelistas a La Habana y cuyo final se expresó simbólicamente en la caída del telón militarista en todo el Cono Sur.

Entretanto, queda la peripecia del ascenso revolucionario más formidable y homogéneo, más rico y contradictorio que haya vivido la región en toda la historia de este siglo. Y todo con el teatro romántico de la protesta mundial generacional -cultural, político-cultural, revoltosa de las costumbres establecidas de los "sesenta" cuyos picos más altos están dados por la epppeya de Nancahuazú, la guerra de Vietnam, el alzamiento de las juventudes planetarias del 68, etc..

Entonces el Partido se vuelve un volcán donde la mayoría de él (tras el auto-aislamiento de Frugoni es el Partido entero) se ve enfrentada, al vértigo de los

acontecimientos, sin estar todavía en condiciones de asimilarlos plenamente y sufriendo, para peor, el decretazo ilegalizador del 67 con que Pacheco continúa la implementación del programa fondomonetarista inaugurado por los blancos.

En el 66 tras el alejamiento de los sectores que formarían el MLN, al negar el P, las acciones armadas y tras el fracaso electoral de la Unión Popular, el PS obtiene apenas 8.000 votos en las elecciones.

Pero es sin embargo ese Partido, que ya desde 1953 venía planteando una dura lucha ideológica a las concepciones de la izquierda de la época, concepciones muchas veces lejanas de las masas latinoamericanas verdaderas y frecuentemente hostiles a los complejas y contradictorios nacionalismos populares del continente, el que comienza con Triás y las nuevas generaciones, la cuesta arriba en la recomposición del verdadero papel jugado por las tradiciones políticas en nuestro país.

Ello no evitó nuestras desviaciones y oscilaciones. Desde nuestro punto de vista, la principal autocrítica que hoy podemos hacer a nuestro proceso de transición es que nuestras opciones tácticas no siempre derivaron del análisis más agudo que de nuestra realidad nacional, poco a poco iba realizando el Partido.

Finalmente, el auge del movimiento de masas del 70 al 73, el grandioso 26 de marzo, la recuperación electoral del Partido en noviembre del 71, las grandes confrontaciones sociales y políticas, el desastre tupamaro, en cosa de meses, el impactante 37° Congreso y por último la irrupción progresiva de los militares en la escena política, pasando por los hechos de febrero, hasta el junio amargo, seguido de la gran respuesta popular de la Huelga General; delimitan una etapa que es imposible no reseñar, aunque tan sumariamente.

II - LA LARGA NOCHE

La dictadura, encontró al Partido depurado de tendencias que o bien pretendieron liquidarlo o bien subordinarlo al accionar de otras fuerzas. Si por un lado, los últimos sacudones de la crisis de los 60 significaron un descenso cuantitativo, por otro afirmaron el cerno del tronco partidario, que afrontó la nueva etapa que se abría a la altura de las circunstancias y de sus mejores tradiciones históricas. La dictadura que se impone al país, nace cobrándose la vida de un joven socialista (Walter Medina) que reclamaba "Consulta Popular".

Desde el primer momento, el Partido estuvo al frente del enfrentamiento y la organización de la resistencia en todos los ámbitos de la vida del país. Sería imposible entender los procesos históricos de resistencia popular y reorganización del Movimiento Popular, marginando de los mismos a los socialistas; no hay ámbito donde éstos se hayan desarrollado, que no haya contado con la presencia orgánica del Partido a través de sus militantes.

En rigor la dictadura había comenzado para los socialistas mucho antes. En efecto, en el año 72 se realiza un operativo represivo que concluye con el aprisionamiento de numerosos compañeros, fundamentalmente de las regionales Este y Noreste del país, entre los que se encontraban Manuel Toledo y Ramón Angel Viñoles, que años más tarde morirán en prisión. El Fiscal Militar ya acompañaba su pedido de sentencia con una fundamentación que se repetirá después, en la mayoría de los expedientes de detenidos socialistas: "los socialistas deben ser los más perseguidos por nuestra justicia, pues ese Partido es el origen y el eje de la izquierda en el Uruguay".

Pero, no es intención de este trabajo el de realizar un análisis profuso y detallado del accionar socialista bajo la dictadura. Sólo haremos un repaso sumarisimo de los hitos fundamentales en distintas áreas, que nos permitan luego, si realizar un balance político y proyectar perspectivas.

Ya en el transcurso de la Huelga General se comenzaría a perfilar lo que poco a poco sería una línea consecuentemente aplicada por el PS, basada en un análisis realista, creativo, sin prejuicios y audaz de la realidad política y las características de la reorganización del Mov. Popular. Influyó entonces, en forma diferencial de otros análisis, la percepción de los hechos culminantes de Junio del 73 como una derrota, a partir de la cual los sectores populares empezaron a perder uno a uno los logros y conquistas que habíamos tardado años, décadas, en alcanzar. Esta afirmación, acerca de la derrota, hoy parece de perogrullo; sin embargo en su momento no lo fue (basta repasar documentos de la época) y ello determinó distintas visiones acerca de las tareas que el Mov. popular debía afrontar.

Nuestra estrategia, a partir de esa percepción, fue la de acumulación de fuerzas. Dejemos que el cro. Barboza a través de un documento que recientemente ha

elaborado desarrolle el tema: "... la dictadura había creado las condiciones necesarias para el diseño de una política de alianzas amplia, donde, a los sectores populares representados por las organizaciones de izquierda, se unían también las reivindicaciones de todos los sectores y fuerzas democráticas del país; (...) (éstos) se prestaban para una estrategia acumuladora, a condición de que fuéramos capaces de propiciar la más amplia participación de la gente en la lucha anti dictatorial. Para los socialistas, entonces, pasó a ser primordial el tema de cómo propiciar una amplia participación, lo que nos condujo a encarrar en forma sumamente flexible el tema de los métodos y de los instrumentos. Al respecto, dos cosas estaban igualmente claras: por un lado que no sería posible generar una amplia participación de la gente en el marco de estructuras sindicales y sociales de carácter ilegal; por otro lado, que había que aprovechar cualquier circunstancia capaz de posibilitar dicha participación, viniera de donde viniera."

Esta línea fue adoptada por el Partido a cuatro meses del golpe de Estado. En mayo de 1974 los socialistas elaboramos el documento "Unidad Nacional o caída al precipicio", que determina el otro componente básico de nuestro accionar, más allá de errores de propuesta, en la práctica, de esa línea. Estos dos ejes, entonces, la búsqueda de la creación de espacios que permitiesen la más amplia participación de la gente, y la búsqueda de la más amplia unidad antidictatorial; son los fundamentales que guiarán al partido durante ese largo período.

Estos elementos son los que explican la coherencia de nuestra política, desde la oposición frente al paro general propuesto para el 2do. semestre del año 74 (que costó la destrucción del SUNCA, único sindicato que se plegó al mismo), hasta la creación del PIT, pasando por la reafiliación sindical, la ley de paritarias, la "tendencia Banchini", la Com. Nal. de Derechos Sindicales, el periódico "Presencia" y "Convicción", la ley de Asociaciones Profesionales, la Intersocial y la Intersectorial, etc.; por hablar solamente de la reconstrucción del movimiento sindical.

Los mismos elementos se repiten en el accionar del P. en otras organizaciones sociales, fundamentalmente en la reconstrucción del mov. estudiantil, donde impulsamos la ASCEEP, y del mov. cooperativo (FUCVAM).

A nivel partidario, fue constante, sin desmayos, el esfuerzo desplegado por el PS para unir a todos los actores políticos y "golpear como un solo puño" a la dictadura, principalmente a través de su Presidente, el cro. José Pedro Cardoso. Estos esfuerzos estuvieron respaldados por los Plenos de los años 76 y 78, que definieron con mayor precisión la línea de la Unidad Nacional, Patriótica y Democrática. Pero solamente a partir de noviembre del 80 empiezan a darse los primeros pasos concretos, que recién después de las elecciones internas del 82 y de las frustradas conversaciones del Parque Hotel empiezan a dar resultado.

Hasta ese momento, los PPTT habían "desensillado hasta que aclare" primero, y apostado directamente a una salida sin la izquierda, luego. Recordar la agresiva campaña contra el voto en blanco, "el voto inútil" en el año 82 y las conversaciones del Parque Hotel luego. No lo lograron, con su accionar la izquierda se ubicó en un rol protagonista imposible de ser obviado.

Fue necesario para ello, que el Partido desplegara una voluntad política paciente de sostenimiento del Frente Amplio. Recordar que en el año 74 el PDC se desvincula del F.A. y que más tarde, cuando el gran pujo represivo, cesa la actuación de la Mesa Política, que solamente retoma su funcionamiento en el año 80, también a instancias del Partido por intermedio de Cardoso, y que en ocasión de las internas del 82 son muchos los grupos que vacilan en seguir las indicaciones de la Mesa y de Seregni de votar en blanco. En el exterior se desarrolla un proceso paralelo de sostenimiento del accionar del F.A., impulsado fundamentalmente por nuestros compañeros a partir del 76, año en que a instancias nuestras se realiza la primer reunión de coordinación. También en este ámbito y coherentes con la línea de Unidad Nacional Antidictatorial, cros. nuestros impulsaron la formación de la Convergencia Democrática.

Todo ese trabajo desplegado dió sus frutos. Con cerca de 90 mil votos en blanco, la izquierda marcó una presencia imposible de ser ignorada, ya que ese volumen, por lo pronto, era mayor que la diferencia entre los PPTT, con lo cual nos ubicábamos en una posición de árbitros ante cualquier salida que pretendiera marginarnos.

En el año 83, propusimos la realización de una semana de campaña por la libertad de Seregni, que incluyó la realización de más de 500 reuniones solamente en Montevideo y que marcó un hito más en lo que a partir de entonces fue un hecho ya irreversible de consolidación del Frente Amplio.

A partir de entonces el ascenso de la movilización de masas (acto del Franzini, de la ASCEEP -Set. 83-, las jornadas nacionales de protesta, caceroleos, los tros de Ma-

yo a partir del año 80 -muerte de Noble, obrero de Nordex-, la manifestación del 9 de Nov. del 83, el acto Por un Uruguay Democrático sin exclusiones, el movimiento por la Amnistía Gral. e Irrestricta, la recolección de firmas de FUCVAM, el Paro nal. del 18 de enero del 84, la liberación de Seregni, el Paro cívico del 27 de Junio del 84, el Club Naval, etc.), tuvo en los socialistas actores fundamentales en cada una de ellas, consustanciados con la línea unitaria, participativa y de negociación que el FA y el Partido impulsaron.

Si tuviéramos que elegir dos imágenes que resumieran la trayectoria de los socialistas en este período, nos quedaríamos con la foto que en la prensa de aquel tiempo da cuenta de la realización de un acto público en el Club Sudamérica, para festejar los 70 años del cro. José Pedro en agosto del 73, que de alguna forma marcó el inicio de la resistencia pasada la Huelga General; y esa otra foto que se ha hecho tan popular últimamente, de José Pedro destruyendo la tapia de Casa del Pueblo con un martillo, en agosto de 1984. Once años; once años que tuvieron a un Partido y su Presidente protagonistas en la lucha por la Democracia, la Libertad y el Socialismo.

III - EL PARTIDO

Hemos tenido el privilegio, que habrá que confirmar en jornadas futuras, de haber mantenido una línea esencialmente correcta, bajo condiciones muy duras, cuando para el país, para la clase trabajadora, para la izquierda, era trascendente que así lo hiciéramos.

No sobrevaloramos jamás las dimensiones de la situación, -no será fácil intentar acusarnos de triunfalismos vanos-, no hicimos política ficción; no incurrimos en oportunismos- de allí nuestra fidelidad al Frente-, no solamente subsistimos (lo que ya sería un logro si tenemos en cuenta que en todo el período sólo dos partidos más mantuvieron actuación orgánica: PC y PDC) sino que supimos dar batalla y negociar; o sea: hicimos política.

Y si hemos sido capaces de todo ello fue porque -a veces oscuramente- comenzamos a sacar provecho de nuestra crisis y de nuestros errores del pasado; en cuestiones fundamentales como la estructura organizativa del P. y el funcionamiento efectivo del centralismo democrático en toda la riqueza de sus momentos; relocalizamos nuestros ejes fundamentales sobre el movimiento obrero en una opción que el presente y el futuro demostrarán histórica, porque ella apuntó a resolver nuestra inserción, apuntó a resolver la relación partido-trabajadores. Y captamos el sentido de los acontecimientos con propuestas tácticas y estratégicas adecuadas, y comenzamos a reflexionar sin miedo sobre los grandes temas del pensamiento socialista y forjamos direcciones una y otra vez tras los golpes represivos, reiterados, selectivos, duros, y fuimos un único Partido en el interior y en el exterior, con errores y carencias, pero siempre asumiendo la realidad con humildad revolucionaria y con permanente espíritu autocrítico.

Durante esos largos once años de oscurantismo, el socialismo siguió pensando como conciliar lo que hasta ahora, para el hombre, parece difícil de alcanzar: hacer que la libertad y la igualdad sean valores compatibles que se refuercen el uno al otro. Esa reflexión generó un proceso que hoy algunos conocen con el nombre de renovación socialista, que es el proceso de adaptación del socialismo a los cambios que han tenido lugar en la sociedad uruguaya como resultado de la dictadura.

Desde nuestra perspectiva los efectos más importantes de este proceso deben buscarse en la nueva forma de entender y relacionar la democracia con el socialismo. Y dentro de ese tema, cuatro son los aspectos que han merecido mayor elaboración por parte del socialismo: el primero relativo a la revalorización de la democracia tras la experiencia autoritaria; el segundo relativo al campo de los derechos humanos, tanto en lo individual como en lo social; el tercero, respecto a la nueva concepción de la sociedad civil y el Estado; el cuarto, por último, relativo al sostén material de una democracia de nuevo tipo.

Este trabajo tuvo su culminación en la elaboración de la propuesta -ya a partir del año 79- de Democracia Sobre Nuevas Bases. A ese trabajo nos remitimos, entonces, para ver el resultado último. Nos interesa sin embargo repasar el proceso que llevó a esa elaboración a partir de los cuatro aspectos mencionados más arriba.

En primer lugar, nos interesa resaltar el efecto que tuvo el largo período dictatorial, en la reflexión acerca de la relación democracia-socialismo. Es evidente que la experiencia vivida no solamente revitalizó el sentido profundamente antiautoritario de la tradición socialista, sino que además lo reforzó. Lo reforzó en cuanto a la visión de la democracia perdida (aún formal y burguesa, pero conquista popular al fin) y en cuanto a la extensión y profundización de la misma. La idea democrática demostró todo su poder subversivo (en el sentido que le da Bobbio, de subvertir la concepción de poder)

en la lucha antidictatorial, y al mismo tiempo reforzó la idea socialista, en cuanto quedó claro que ésto no se limita, no puede limitarse, a la socialización de los medios de producción.

El antiautoritarismo, generado por el rechazo popular al régimen militar, evidenció que el socialismo en cuanto lucha por la emancipación total del hombre, busca comprometerlo con su realidad, busca hacerlo participar en la resolución de sus problemas, pues, solo así será verdaderamente más libre.

"Descubrimos" en el desarrollo de este proceso, que la democracia como agente canalizador de esa participación, no solamente debía ganar en calidad (democracia económica, política y social), sino también en extensión. "Descubrimos" que hay una serie de ámbitos en los que no existía una participación democrática, que involucran decisiones que afectan a los individuos, y que nunca antes nos habíamos propuesto "democratizar". El hecho es que habíamos incurrido durante mucho tiempo en un reduccionismo según el cual el combate por el socialismo sólo debe plantearse en la lucha por la toma del poder del Estado. Por el contrario, la propuesta de DSNB considera que "existen múltiples centros de poder además del estatal" (Declaración de Principios) y que la extensión de la participación democrática a nuevas esferas de la sociedad no solo será sostén de nuestro proyecto socialista, sino que además lo desarrollará.

De la misma manera, las sistemáticas violaciones a los derechos humanos durante los años 70, y principios del 80 en el Uruguay, nos condujeron a una nueva reflexión acerca de la forma en que esos derechos se deben poder garantizar. Y ésto, con ser una cuestión política concreta, no deja de ser también una nueva vuelta a las fuentes, que el proyecto de DSNB resuelve haciendo hincapié en la necesidad de garantizar los derechos sociales "como fundamento indispensable para la vigencia de aquellos".

En tercer lugar, las urgencias de la resistencia y la lucha antidictatorial nos obligaron a repensar la concepción del Estado.

El enriquecimiento teórico del Partido a partir de nuevas lecturas (Gramsci, Poulantzas, etc.) surge ante ese desafío; pero también de una práctica que nos enseñó que las relaciones de la sociedad civil no se agotan en el Estado, sino que las organizaciones sociales, por ejemplo, tienen un potencial de autonomía, que debemos resguardar en la medida que ella fortalece una esfera de decisiones democráticas con alto grado de participación e independencia.

No nos extenderemos sobre el cuarto aspecto, relativo al sostén material de una democracia de nuevo tipo, puesto que, con ser importante, no es de los aspectos en que los socialistas hayamos renovado nuestro análisis más bien lo profundizamos.

Los breves apuntes anteriores, tienden a subrayar en este "Balance" un proceso de "rescate y renovación" (como diría Arrate) de nuestras ideas, de nuestro pensamiento político, que se vió sacudido por impactos inmensos (como la derrota del 73) y por desafíos aún más grandes (como los de superar esa derrota), proceso fermental que, como vimos, desde nuestra perspectiva sus orígenes son anteriores (habría que remontarse a la década del 60) y que por otra parte aún no ha terminado. Sin embargo y pese a las dificultades de nuestro accionar clandestino -o ¿gracias a ellas?- nos fue posible resituarnos y resituar nuestro proyecto, en base a una discusión libre de prejuicios a la que parecería que hoy, conquistada ya la democracia y con mayores posibilidades, es más difícil acceder.

El Partido ha cambiado y mucho. Nosotros cambiamos, el Uruguay y el mundo también. Todas esas transformaciones se reflejan en nuestra discusión y nuestro accionar político. Es evidente que entre el PS del 37° y el del 38° Co., no hay solamente 13 años de distancia. Hay una distancia mayor, mejor dicho: más importante, en cuanto al grado de desarrollo político e ideológico entre éste y aquel Partido.

4.- CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS

Ahora bien, cómo hacer un balance fiel en lo esencial a nuestras concepciones de principios?, cómo hacerlo al interior de la perspectiva socialista? Tarea difícil, pues aquí aparecen matices generacionales.

Quizá para los veteranos del P. la visión de las últimas luchas fraccionalistas sean algo todavía presente, al menos espectralmente presente, quizá para muchos compañeros (por los cuales hoy somos socialistas, por los cuales el Partido es hoy la vasta esperanza y la vasta promesa de tantos) esa historia sea inseparable de los sentimientos y del espíritu sintetizador con que se readquieren viejas y grandes figuras socialistas (Emilio Frugoni es nuestro también y Emilio Frugoni representa sesenta años de luchas socialistas). Pero existe además, una nueva "generación" socialista para la cual esa historia nada significa en términos de los

sentimientos, que ni siquiera sintió los rescoldos de la crisis de los sesenta y que es conciente y plenamente socialista sin haber vivido el drama de la "crisis de identidad". Nació como socialista o bien por la vía de la acción que le pareció más coherente, o bien por la vía de la búsqueda marxista o bien por la interacción de ambas cosas.

Para esta generación el gran saldo de la transición que ha sufrido el Partido es la tentativa de formular una estrategia y una política revolucionaria viable según la referencia de las coordenadas nacionales. Es la generación que se afilió al "Partido de los socialistas del Uruguay", que visualiza la revolución como un proceso único e ininterrumpido; independiente de todo centro de poder ideológico o político; que reasume la cuestión nacional ligándola -en su resolución- a la cuestión social; al Partido que establece su preocupación por la democratización sustantiva del socialismo real; que sin ser ecléctico sabe que no existe un único marxismo; que formula las críticas al concepto de burguesía "nacional"; que replantea con valentía los grandes temas de la participación de las masas en la ejecución y toma de las decisiones del poder; es, en fin, el Partido que trata de llevar a la práctica estas concepciones estratégicas y de principios.

Por eso es que, desde nuestra perspectiva, la forma de hacer un balance histórico del accionar del socialismo uruguayo, está ligado indisolublemente a la profundización hacia el futuro de estas premisas ideológicas, a la aceptación del proceso de renovación del socialismo como forma de construir y reconstruir nuestro proyecto, como forma de evaluación, selección y síntesis de lo actuado. Sólo un Partido afirmado en la profundización y renovación permanente de la teoría socialista, podrá llevar adelante prácticas eficaces, coherentes y revisar con madurez su propio pasado.

Hoy el idealismo de las posturas socialistas de Frugoni es una imagen presente, no sólo entre viejos compañeros, sino entre muchas personas que se "sienten" socialistas. Estas personas deberán acercarse a nuestras filas, que son las mismas filas de Frugoni (que es patrimonio de todas las fuerzas democráticas, pero nuestro antes que nada) aunque nuestras ideas no son ya completamente las mismas que las de Frugoni y la adhesión al PS debe ser una adhesión a sus principios antes que nada.

Pero que Emilio Frugoni haya sido fundador del PS, que haya sido durante largo tiempo, la figura principal del Partido, es un hecho, como lo es el que el Partido sufrió a comienzos de los 70 un desdibujamiento que terminó por arrancarnos un tercio del C.C. y que buscaba liquidar al Partido.

Ahora bien, de la "transición" (que arbitrariamente ubicamos sus orígenes en 1955) quedan los nuevos fundamentos teóricos, estratégicos y de principios (elaborados sobre todo por Trías junto con otros teóricos socialistas, producidos en última instancia por la reflexión colectiva del P.); quedan las luchas, los combates y la inmensa experiencia acumulada; de la transición quedan las lecciones de nuestros errores y de nuestras carencias, quedan desviaciones escisionistas, se trata de la "herencia negativa". Aunque ésta última se ha vuelto "positiva" en la medida en que hemos comenzado a inquirir por sus causas.

La cuestión consiste, entonces, en plantearnos continuidad entre ese Partido que fuimos; el actual; y el que queremos ser. Y la continuidad reside en la búsqueda de un camino propio que no caiga en los errores extremos anteriores y que evite: a) el camino social-demócrata, que en nombre del "realismo" frente al debilitamiento del tejido democrático y prisionero de una visión demoníaca del socialismo históricamente realizado renuncia en función de la "afirmación" de la democracia a la superación del capitalismo y para el cual el término socialismo, siguiendo la más pura tradición Bersteiniana, se reduce a puro movimiento, a pura aspiración difusa; a pura "cultura" inmersa en un puro pragmatismo que aspira de hecho a administrar, sin duda con la más profunda intención democrática, el capitalismo. b) el camino dogmático, que prescindiendo de una adhesión a los pliegues de la realidad nacional, marcado por una visión no sólo apologética del socialismo históricamente realizado, sino como en "esencia" el único posible, replantee en nombre de la "defensa de los principios" las dos fases, la democrática y la socialista como fases diferentes, donde la segunda, la socialización de los medios de producción y la dirección de la clase obrera, generan automáticamente una democracia superior, ante la cual las formas democráticas son asuntos secundarios y peor aún, del pasado".

(E. Ottone, "Democratización y nueva hegemonía en Chile").

La continuidad histórica de nuestro Partido, reside entonces, en la búsqueda a través de la reflexión y de la acción política de la solución de los "nudos teóricos" y prácticos que nos hemos "echado" encima al plantear-

nos como tarea la construcción de un socialismo nacional, autónomo, que no admite copias ni calcos, democrático y pluralista, revolucionario.

El balance que debemos hacer, entonces, de la etapa anterior sólo puede ser con referencia a esa "continuidad"; y en base a ella sólo podemos afirmar, que a pesar de los errores y carencias, de nuestras desviaciones y superficialidades, nuestras luchas, combates y experiencia acumulada, hicieron del período que estamos analizando uno de los más ricos de la Historia del Partido.

Pero con el mismo énfasis, debemos señalar que ese proceso (de profundización, de renovación y de búsqueda) aún no ha concluido. Quedan tareas pendientes, resabios del pasado, incrustaciones en nuestro discurso, que todavía "confunden" nuestro mensaje. Las tareas de la reconstrucción democrática, las urgencias de la acción política excesivamente acelerada desde 1984, y también, las "injerencias externas" en nuestro proceso de reflexión y elaboración a través de debates que buscan desvirtuar nuestros esfuerzos, lo han retrasado.

El fortalecimiento ideológico del Partido, por tanto, no debe verse como instrumental al recortamiento de sus perfiles propios, por el contrario, el recortamiento del perfil propio, el reforzamiento de nuestra identidad política tiene que ser el resultado de la profundización y la renovación de nuestras premisas ideológicas y de la teoría socialista.

Ello debe implicar, en primer término, la reivindicación del conjunto de nuestra historia de socialistas del Uruguay. Nada en ella nos debe ser ajena. Ni sus grandes aciertos ni sus errores históricos. Y ello no debe obstar para que llegado el momento nos pronunciemos sobre aspectos de nuestro propio pasado. No para negarlos; sino para superarlos.

Debemos asumir, pues, que en décadas anteriores el Partido sufrió una paulatina tendencia que lo llevó poco a poco a rigidizar sus bases teóricas y dogmatizar su ideario, arriesgando su autonomía frente a corrientes y centros ideológicos internacionales y definir su acción con referencia a moldes externos. Sin desmedro de reconocer legitimidad y respeto a esas ideas, debemos admitir que ellas no se compadecen con nuestro proyecto, y que más bien pertenecen a una tradición del movimiento obrero, diversa de la nuestra: la comunista. No admitir que ello nos acarreó consecuencias funestas, alguna de las cuales aún se arrastran, es querer negar los hechos.

Ahora bien, solo el Partido Socialista -porque los ha sufrido internamente- puede asumir la tarea de construcción permanente de la teoría socialista sin incurrir en escolasticismos (en buena medida porque la independencia de todo centro de poder ideológico o político sea stalinista, socialdemócrata, trotskista, o maoísta, nos libera de las encerronas teológicas y nos habilita a la libertad de elaboración) ni en seguidismos de las modas políticas (en la medida en que poseemos definiciones estratégicas y de principios que nos guían en la acción).

Esto exige, repetimos, un Partido con disposición al estudio y a la realización constante de aportes al enriquecimiento de la teoría socialista, un Partido capaz de organizar la política socialista a partir de supuestos ideológicos firmes y capaz de renovar y de renovarse, en el sentido que le da Arrate en una cita que aunque extensa, queremos transcribir:

"Renovar significa reconocer los cambios efectivos producidos en la sociedad en el último decenio y asumir la experiencia de lucha por sus derechos que han vivido en éstos últimos años las bases del movimiento popular.

Renovar significa extraer las enseñanzas profundas de la experiencia de la izquierda en el último cuarto de siglo y ser capaces de actuar en consecuencia. Renovar implica participar en el importante debate teórico desarrollado en el movimiento obrero internacional y recoger su contenido antidogmático y democrático, su espíritu crítico, su afán de reivindicación de la idea socialista. Renovar significa, plantearse una vía propia para una transformación profunda de la estructura social, política, económica, cultural y moral que rechace las deformaciones autoritarias y burocráticas que han caracterizado a la mayor parte de las experiencias socialistas realizadas hasta ahora.

La renovación es cambio, es novedad, pero también -me parece indispensable reafirmarlo- es rescate de un pasado muy rico en ideas y experiencias. Muchas de las ideas "renovadoras" están ancladas en la historia del socialismo, en los planteamientos de sus fundadores, en el ideario humanista, autónomo y auténticamente democrático... en la

aspiración profundamente libertaria que caracterizó la utopía de Allende.

Renovación y rescate deberán fundirse en una síntesis entre el pasado con el que nos identificamos y el futuro que avizoramos..." Y deberemos construir, también con otros grupos -¿porqué no?- "una síntesis superior de corrientes diversas pero confluyentes, de pensamientos y de acerbos, de patrimonios ideales, de identidades grabadas en la memoria popular, y de aspiraciones de porvenir nutridas del presente y sus tendencias".

Sólo si aceptamos ese desafío de continuar una tarea que comenzó en los más duros momentos de la lucha contra la reacción, y que dió sus primeros frutos aún en la clandestinidad cuando la salida democrática se veía aún lejana -se veía?- (el 1er. proyecto de DSNB data de 1979), sólo si aceptamos el reto de terminar esa tarea y de renovar a la izquierda a la vez que nos renovamos nosotros mismos, sólo así repetimos, estaremos en condiciones de dirigir a las masas populares por la ruta de la Revolución Socialista Uruguaya.
